

Novela Popular Cinematográfica

Año II
Núm. 40

Los amores de
un príncipe



25 cénts.

Protagonista:

Mary Philbin

Revista Semanal

LOS AMORES DE UN PRÍNCIPE

o EL CARROUSSEL DE LA VIDA

Argumento de la película así titulada. Exclusiva de «Hispano American Films»: Valencia, 233.

PROTAGONISTAS :

MARY PHILBIN Y NORMAN KERRY

I

En Viena, la ciudad que, antes de 1914, era la más frívola, la más atractiva para los que sólo piensan en diversiones fáciles y en placeres fáciles también. Vieja ciudad histórica, ennegrecida, llena de leyendas de amor. Ciudad en la que, como en todas, reinaba la felicidad superficial, la alegría y las risas y donde, realmente, también había obscuras tristezas y penas hondas. Vieja ciudad de Duques, de Príncipes, de Condes, de óperas y de parques ruidosos.

En esa ciudad vivía, desde tiempo inmemorial, la familia de los Hohenegg, notable en la historia de Austria por sus estadistas y guerreros, por su caudal y por su antiguo escudo de armas.

El último descendiente de esta familia, conde

Franz Maximilian Von Hohenegg, era, cuando comienza este relato, capitán del sexto de Dragones Imperiales y Reales y ayudante y chambelán de Su Majestad el Emperador.

Una mañana, cuando el capitán acababa de levantarse e iba a bañarse, en tanto que su ayudante corría de una parte para otra, como alocado, para que su jefe nada echase de menos, le entregaron un ramo de flores, magníficas y olorosas, entre las cuales había una tarjeta de visita en la que decía: «Te amo. Claire.»

Era un regalo de una de sus amantes. El capitán pensó en ella un momento. La noche antes habían estado juntos en una ruidosa fiesta vienesa, frívola y llena de risas. Dejó a un lado las flores y, como para que hiciera una comparación, acudió a su mente la figura de su prometida, condesa Gisella Von Steinbruck, hija del ministro de la Guerra, y a la cual, si hemos de decir verdad, no amaba. Compromisos de casta habían concertado aquel matrimonio. Y el capitán procuraba divertirse con otras mujeres para no notar mucho el poco cariño que sentía hacia la que iba a ser su esposa.

En el momento en que pensaba en esto, con desagrado, llamaron al teléfono. Acudió a él el conde y capitán. Era precisamente su prometida quien llamaba. La cual, cuando supo que era él quien la escuchaba, dijo:

—Me han dicho que anoche te divertiste mucho, de un modo loco.

—Algo menos, querida—replicó el conde.

Y luego, galante, añadió:

—Sentí mucho tu ausencia. De veras, si tú hubieses estado, habría sido por completo feliz.

—¿De verdad sentías mi ausencia? Casi no te creo. Bien. Cuando vengas esta noche, tendrás que

contarme todo lo ocurrido en la fiesta. Ya sé que fué una cosa extraordinaria. Pero quiero saber detalles por ti mismo.

El conde se acordó de súbito que aquella noche estaba comprometido con unos amigos y unas amigas. Y como, además, no le era muy grata la compañía de su prometida, contestó:

—Esta noche tampoco podré ir a verte. Precisamente estaba a punto de telefonarte para decirte que me es imposible verte en todo el día de hoy. El deber... tú ya sabes...

—Naturalmente, el servicio es el servicio. ¿Qué servicio tienes que hacer hoy?

—Aun no lo sé. He de presentarme a mis superiores, que ordenarán.

—Bien. Hasta mañana, pues. Espero que mañana no faltarás.

El conde se alejó del aparato con un gesto de cansancio y continuó vistiéndose. Poco después salía de su grandioso palacio, a cuya puerta su coche, realmente principesco, esperaba.

II

Para el conde Hohenegg trabajo quería decir una elaborada y pomposa indolencia, la cual llenaba y ocupaba toda su vida. Al salir de su casa y montar en el coche, se dirigió al palacio imperial, cosa que había de hacer cuotidianamente, para, en la corte, hacer acto de presencia en el hueco ritual diario. Después de esto, ya nada tenía que hacer, como no fuera divertirse.

Llegó, pues, al palacio y pronto estuvo ante el emperador Francisco José, que le dijo :

—Conde Hohenegg, estoy altamente interesado en su proyectado casamiento con la condesa Gisella. Será ésa una unión espléndida.

—Señor—dijo el capitán inclinándose reverente.

—Supongo que ustedes, jóvenes enamorados, habrán decidido ya la fecha.

—No, Majestad ; aun no hemos señalado fecha.

—Entonces usaré de mi privilegio de viejo Emperador, señalando el casamiento para el mes próximo, para el día del cumpleaños de mi estimada prima Atilda.

Con un gesto se dió por enterado el conde de los deseos del Emperador y en seguida salió de la estancia imperial.

En verdad, por entonces, aunque no amaba a la condesa, le era indiferente casarse con ella, puesto que no amaba a ninguna otra mujer.

Mientras tenía lugar este diálogo entre el conde y el emperador, allá en el domicilio particular del ministro de la Guerra, en un momento en que éste, después de la comida, descansaba, su hija se le acercó y, después de sonreírle, le preguntó :

—Oye, papá : ¿qué deberes oficiales ocupan a mi prometido esta noche?

—Que yo sepa, ninguno.

—Pues se ha excusado de venir a verme alegando el cumplimiento de su deber en el servicio.

El ministro guardó silencio por un momento. Sabía la vida que llevaba el prometido de su hija. Y supuso, acertadamente, que estaría divirtiéndose en compañía de quién sabe qué gentes. Pensó, pues, que debía mentir a su hija. Y dijo :

—¡ Ah ! ¡ Sí, sí ! Ahora recuerdo, es verdad. El

conde tiene un servicio esta noche de mucha importancia. No sé cómo me había olvidado de ello.

Luego, después de una breve pausa, preguntó a su hija :

—¿ Tú amas de veras al conde Hohenegg ?

—No sé. Pero él es el hombre más guapo de la corte del emperador. Su físico me atrae.

Ante esto, el ministro de la Guerra no supo qué decir.

* * *

Cuando llegó la noche, el conde, con unos amigos y unas amigas, entraba en el Prater, el famoso parque de recreo de Viena, donde estaba la enorme rueda Ferris, donde había tan tremendo conglomerado de sonidos, de órdenes, de risas ; donde el bullicio y la algarabía más extraordinarios reinaban.

Entre los que tenían alquiladas, para explotarlas, las muchas atracciones del parque, sobresalía Schani Huber, un hombre brutal y repugnante, explotador, entre otras cosas, de un grandioso y magnífico «carrousel», a una parte del cual tocaba sin cesar un piano de manubrio una muchacha delicada y bella como un sueño, llamada Agnes Urbau, que iba a ser, desde aquel momento, una de las protagonistas de esta historia. Porque en cuanto el conde la vió, quedó maravillado de su belleza y se acercó a ella y le dijo :

—Nunca esperé encontrar aquí una cara tan bonita como la suya.

—Sus cumplidos—repuso la muchacha—son como los de un aristócrata. ¿ Acaso lo es usted ?

—¿ Te gustaría más si lo fuera ?

—Yo no he dicho que usted me guste.

Se acercó en esto el brutal Huber y dió a la muchacha una orden seca y áspera.

—¿En ése tu padre?—preguntó el conde.

—No. Es mi patrón. Mi padre también trabaja para él. Maneja el teatro de polichinelas.

El conde había cogido las manos de la muchacha para acariciarlas, y como ella las retirara, cogió él el manubrio del piano y estuvo tocando durante unos momentos. Para hacer esto, hubo de soltar unos muñecos que había ganado poco antes en una barraca donde se tiraba al blanco. Regaló uno de aquellos muñecos, el más lindo, a la muchacha. Y ésta le preguntó:

—Y usted, ¿cómo se gana la vida?

El conde dudó un momento antes de contestar. Se llevó la mano a la corbata y esto le dió una idea. Contestó:

—Soy... vendedor de corbatas.

—¿Y cuál es su nombre?

Nueva duda. Al fin dijo:

—Franz... Franz Meier. Pero puede llamarme solamente Franz. Me gusta más.

Los amigos del conde, que le buscaban, le vieron y le llamaron. El se despidió atropelladamente de la muchacha, para evitar así que sus amigos llegaran hasta ella. Cuando ya se alejaba, miró a la joven con cariño. Ella le estaba mirando a él como si soñara.

III

Cuando apenas el conde se había marchado, el patrón de la muchacha se acercó a ella y le dirigió algunas frases amenazadoras. ¿Por qué? Porque aquel hombre no quería que nadie cortejara a Agnes. La deseaba para él. Bien es verdad que estaba

casado, pero su mujer, que era una mártir, no podía protestar de nada, pues cada protesta le costaba una paliza. Aun hay muchos hombres por el mundo que pegan a sus mujeres. Claro que no son hombres, sino algo todavía salvaje, suponiendo que los salvajes obraran así. Agnes tampoco se atrevía a decir nada a su padre de las insinuaciones que le hacía el patrón, pues aunque su padre era un ser débil que lo sufría todo con paciencia, se habría rebelado al saber lo que se pretendía de su hija, y esta rebelión habría sido causa de que los despidieran de su trabajo y, como consecuencia, que el hambre hubiese entrado en el hogar, donde la madre estaba en cama muy enferma. Agnes, pues, no decía nada a su padre, pero estaba dispuesta a defenderse por sí misma de todos los intentos de su patrón.

Cuando le vió llegar y oyó sus palabras amenazadoras, no dijo nada. Y él, molestado por aquel silencio, cogió el muñeco que el conde le había regalado a la muchacha y lo arrojó al suelo con violencia, donde se hizo pedazos. Agnes le miró con odio, o mejor, con repugnancia. Luego se alejó en silencio. Era ya la hora en que el parque se cerraba.

* * *

Al lado de la atracción de Huber había otra de la cual era concesionaria una señora llamada Aurora Rosreiter, a la que Huber odiaba con toda su alma. Esta señora tenía un ayudante llamado Bartolomé, el cual amaba en silencio a Agnes y sólo pensaba en ella. Bartolomé había educado un orangután, traído directamente de las selvas de Africa, con el cual se entendía a las mil maravillas. Cuando Bartolomé hacía trabajar al orangután, todas las atracciones de los alrededores se despoblaban.

Huber no podía soportar esta competencia, y más de una vez había, después de breve disputa, maltratado a Bartolomé, que era un muchacho débil y enfermizo. El orangután había visto como su amigo era castigado, y odiaba, como un hombre, al enemigo de Bartolomé.

En los momentos de descanso, Bartolomé iba a hablar con Agnes. Y le decía:

—Otra vez he jugado a la lotería.

—¿Por qué gastas todo tu dinero en el juego? —le reprochaba la joven.

—¡Oh! Yo me sé lo que pienso. Por otra parte, tú sabes lo que siempre te he dicho: «Si yo gano, tú ganas.»

—Pero, hombre...

—Lo dicho. Ojalá que me toque. Entonces sabrás lo que pienso...

Agnes miraba a su amigo con un profundo sentimiento de cordialidad, de agradecimiento infinito.

* * *

Durante muchos días, cuando Agnes daba vueltas al manubrio del piano, pensaba en Franz, el vendedor de corbatas.

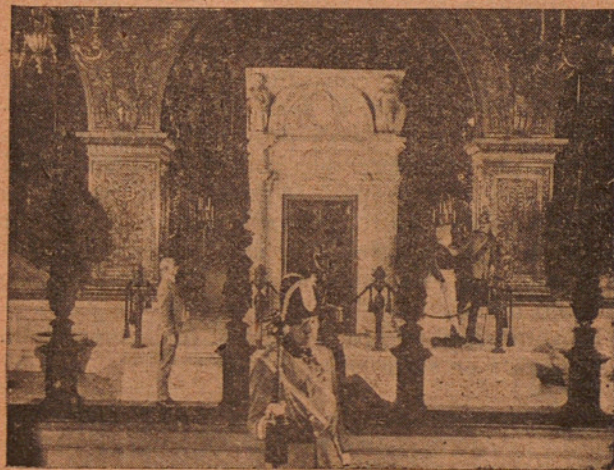
—¿Por qué no habrá vuelto por aquí?—se preguntaba.

Había nacido en el fondo de su alma un amor delicado y hondo, íntimo y sentido.

Un día, cuando tenía perdida la mirada en la lejanía, como buscando con ella la figura del hombre amado, aunque sólo visto una vez, vió que se le acercaba una vecina de su mísera vivienda y que le decía:

—¡Agnes, pronto! ¡Tu madre se está muriendo!

Salió corriendo. Pero antes de que se alejara, el patrón la obligó a volver junto al piano, lugar de martirio para ella.



—¡Sonríete!—le ordenó aquel hombre repugnante.

—No puedo. Mi madre se muere.

—¡Sonríete, he dicho! No quiero que la gente que viene a divertirse vean aquí una cara triste y llorosa.

Agnes no le contestó. Iba a insistir el patrón en su orden. Pero un ruido cercano se lo impidió. El ruido provenía de los espectadores del teatro que estaba a cargo del padre de Agnes. El cual, cuando la vecina le dijo que su esposa iba a morir, abandonó su trabajo y corrió al lado de la enferma.

El patrón; al ver lo que ocurría, se alejó de Agnes y fué a la vivienda—una barraca cercana,—donde una mujer vivía sus últimos instantes. Y sin consideración a nada, sacó de allí, a la fuerza, a su empleado, obligándole a reanudar su trabajo. El pobre hombre, tras la cortina desde la que hacía maniobrar a los polichinelas, lloraba amargamente. Como consecuencia de su dolor, hacía que un muñeco castigara a otro con saña, tal como él habría hecho con su verdugo, lo cual, para los espectadores, era altamente cómico y provocaba en ellos risas ruidosas. ¡Un hombre que lloraba les hacía reír!

Afortunadamente para Agnes y su padre, se desencadenó una horrorosa tormenta que hizo huir a todos los espectadores. Por esta coincidencia fortuita, pudieron estar al lado de la enferma cuando ésta dejó de existir.

Bartolomé, el amigo de Agnes, les acompañaba en su pena y en su dolor.

IV

Pocos días después, una mañana, Agnes se hallaba barriendo todo el contorno del gran «carrousel», trabajo penoso que tenía que hacer todas las mañanas. El «carrousel» estaba rodeado de una cerca de madera y también cubierto para resguardo de la lluvia. Sólo por una parte había un gran telón de lona, fuerte y tupido, que se alzaba, como el de un teatro, y por allí entraba el público. En aquel momento, el telón estaba caído y amarrado, para que nadie pudiese entrar. Sólo se levantaba cuando

iba a empezar el espectáculo. Al otro lado del telón había una puerta que daba a la improvisada vivienda del patrón y que era la que servía para entrar durante el día, para la limpieza.

Agnes, repetimos, estaba limpiando todo el local. El patrón, que la había visto entrar, llegó poco después que ella y cerró la puerta tras sí. Estaban, pues, los dos solos. Agnes, por lo pronto, ignorando los propósitos de su explotador, no se inquietó. Pero cuando le vió acercarse y pudo advertir la turbia mirada de sus ojos, se dió perfecta cuenta del peligro que la amenazaba. Siguió barriendo, como indiferente, pero sin apartar la mirada del sitio donde el hombre se hallaba, pronta a defenderse de cualquier ataque.

En aquel momento Agnes se acordó de Franz. Pensaba que un hombre como aquél podría y debía defenderla. Pero Franz no había vuelto más por el parque. Había pensado, sí, más de una vez, en Agnes. Pero no se había atrevido a ir a buscarla. Temía enamorarse de ella, y esto era lo peor que podía ocurrir, especialmente entonces que estaba en vísperas de contraer matrimonio. En los momentos en que la pobre Agnes se veía en peligro de ser atacada por un hombre salvaje, Franz se hallaba en una de sus cotidianas francachelas con mujeres elegantes y fáciles, donde el champán corría tal que si fuera agua; en una fiesta más propia de la Roma antigua que de nuestros tiempos.

El ataque de Huber no se hizo esperar. Se fué acercando a Agnes en silencio y mirándola del mismo modo que un lobo puede mirar a un cordero. Agnes, a medida que él se le acercaba, se iba retirando. De pronto vió que él estaba ante ella, impidiéndola el paso. Quiso huir; la puerta estaba cerrada. Se percató por completo de cuáles eran las

intenciones del hombre que estaba junto a ella. Y, por si aun tenía alguna duda, pudo ver la mirada de él fija en ella; era una mirada de sátiro, una mirada cargada de deseos brutales, en la que no había ni el más leve signo de amor.

Quiso gritar. El terror que sentía se lo impidió. Empezó, pues, a correr y a esconderse detrás de los caballos del «carrousel». Su enemigo la seguía. Fué aquello una persecución horrenda. Al fin, Agnes no pudo más y los brazos del hombre la estrecharon con fuerza salvaje. Se defendió. Inútil. Apenas si podía moverse. Viéndose perdida, con un esfuerzo supremo gritó:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Su padre, que estaba cerca, arreglando los muñecos del teatro, oyó aquel grito y reconoció la voz de su hija. Como loco, acudió al local del «carrousel». Todo estaba cerrado. Su hija seguía gritando. Sacó un cuchillo y rompió la lona del telón para entrar. Aun llegó a tiempo de evitar el martirio de su hija. Un momento después habría sido tarde. Con el mismo cuchillo que había roto la lona habría matado a aquel hombre. Con este propósito se arrojó sobre él decidido por primera vez en su vida. Pero el cuchillo se clavó en la madera de un caballo del «carrousel», junto al cual había estado a punto de perecer la honra de Agnes.

Acudieron más gente y unos guardias, atraídos por los gritos de la joven. El patrón, sin dejar hablar a los demás, explicó a su manera lo ocurrido. Los guardias, por lo que él dijo, amarraron al padre de Agnes para llevarlo a la cárcel.

Y el «carrousel» seguiría dando vueltas, como la vida.

V

Cuando los guardias salían, llevando al padre de Agnes preso, el patrón gritó:

—Llevársela también a ella. Ahora es una vagabunda, porque yo la despidió.

—Ella no es una vagabunda—contestó la señora Aurora, dueña de la atracción vecina, que también había acudido,—porque desde hoy trabajará para mí. Y su padre también, cuando sea libertado, tendrá ocupación en mi casa. Porque los dos son personas honradas.

La mañana era triste y fría. Poco después, Agnes, acompañada por Bartolomé, recorría las calles de Viena en busca de alguien que se preocupara de la suerte de su padre.

Cuando pasaban por una de las calles principales de la gran ciudad, de una de sus lujosas tiendas salió Franz. Agnes lo reconoció en seguida. Y, sin dudar, se acercó a él y le preguntó:

—¿Es aquí donde usted trabaja?

—Sí. Esta es, en efecto, la tienda donde trabajo. Acabo de salir. Pero... hablemos de otra cosa. ¿Sabes que he pensado mucho en ti durante estos días?

—Yo, como no le he vuelto a ver, creí que no había pensado más en mí.

—No he tenido tiempo de volver al parque... ¿Y tu padre?

—Ha tenido una riña con el patrón, por mi causa, esta mañana, y lo han llevado a la cárcel.

—Yo tengo una amiga, una señora que tiene

influencia con el comisario de policía. ¿Quieres que vayamos a verla?

—¡Oh, sí! Vamos ahora mismo.

Agnes, olvidándose de Bartolomé, partió con Franz. Este llevó a la joven a casa de una gran dama, realmente influyente, a la cual, al entrar, con un signo le hizo comprender lo delicado de su misión. Luego, presentando a Agnes, dijo:

—Esta es una amiguita mía. Su padre está en dificultades con la policía. Vengo a que usted haga uso de su influencia con el comisario.

Luego explicó el caso a la dama y ésta salió prometiendo que el padre de Agnes sería libertado aquel mismo día. Quedaron solos el conde y Agnes.

Fuera, en la calle, Bartolomé esperaba. Como aun no había comido, compró en un puesto público unos pasteles que le dieron envueltos en un trozo de periódico. Después de comerse los pasteles, empezó a leer el trozo de diario, para pasar el tiempo. Había en él el retrato de una mujer y de un hombre y debajo esta noticia: «*Desposorios en la corte real.*—El conde Franz Maximilian Von Hohenegg, chambelán y ayudante de campo de Su Majestad Imperial y Real Apostólica, capitán del Imperio y del sexto de dragones reales, del que es coronel en jefe el gran duque de Macklinburg-Schwerin, y Gissella, condesa de Steinbruck, hija de Su Excelencia el ministro de la Guerra, general Herbert, conde de Steinbruck, chambelán imperial y real, gran cruz de la orden de San Leopoldo, etc., etc., contraerán matrimonio en breve.»

Después de leer la noticia desde el principio al fin, Bartolomé se fijó en los retratos. Y reconoció, no sin inquietud, al hombre con el que se había marchado Agnes.

Entretanto, en el palacio de la gran dama, el conde preguntaba a Agnes:

—¿Sabes tocar el piano?

—Únicamente el de manubrio. Siempre tuve deseos de aprender, pero nunca tuve dinero para ello.

—¿Y qué clase de música es la que más te gusta?

—Un vals. A veces, con el viento, llegan hasta mí las notas de alguno y siento que podría cantar y reír y llorar...

El conde se acercó al piano y se puso a tocar en él un vals. Agnes, sentada lejos del piano, se echó a llorar desconsolada y triste. El conde, viéndola llorar, dejó de tocar y, acercándose a ella, dijo:

—¡No ha sido mi intención entristecerte! Tenemos que sentirnos felices. Después de todo, el mundo entero es una ilusión y nosotros niños soñadores.

—Su manera de hablar es extraña en un vendedor de corbatas. Debería usted ser un príncipe.

—Y tú serías la princesita.

Agnes no contestó. Soñaba. El conde añadió:

—Eres muy bonita, Agnes. ¿Has amado alguna vez?

—Sí, naturalmente, a mi madre y a mi padre.

—No es eso. Quiero decir el amor de una mujer por un hombre.

—Sí. Bartolomé, ese muchacho que venía conmigo esta mañana...

Esta respuesta vaga entristeció al conde. Agnes, sin comprender porqué se había puesto triste, le miró a los ojos con un amor tan infinito, que el conde corrió hacia ella.

VI

Corrió hacia ella y, cogiendo su cabeza entre las manos, la besó locamente, apasionadamente, en la frente, en los ojos, en los labios.

Agnes, desprendiéndose, exclamó:

—¡Usted me asusta! ¡Es usted terrible! ¡No haga más eso! ¿Por qué lo ha hecho?

El conde, ante este ingenuo ruego, se alejó nuevamente de Agnes, triste y meditabundo. Ella, al verle así, añadió:

—No ha sido mi intención ofenderle, pero... nunca he sido besada así. Me he asustado, naturalmente...

—¿Nunca has sido besada así? Pero ¿no me has dicho que Bartolomé...?

—Bartolomé no es más que un muchacho amigo mío, que ha sido muy bueno para mí... Pero nunca me ha besado... Yo también le quiero... Pero nunca tampoco le he besado, ni siquiera se me ha ocurrido besarle.

—¡Ah!—exclamó el conde dándose cabal cuenta de la inocencia e ingenuidad de Agnes, a la que presentía que iba a amar como no había amado aún a ninguna mujer.

Agnes, inquieta ya por la tardanza de la dama, inquieta también por los besos de Franz y por su tristeza cuando ella lo rechazó, dispuso de marcharse. El conde accedió a su deseo, pero diciendo:

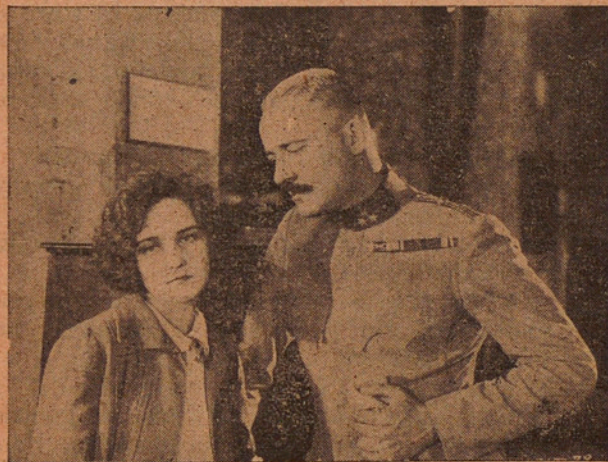
—Yo te acompañaré hasta tu casa. Seguramente encontraremos ya allí a tu padre.

—¿De verdad?

—Sí, sin duda. En cuanto mi amiga haya visto al comisario...

—Pues vamos pronto a mi casa.

Marcharon. Y cuando llegaron al hogar de Agnes, el padre de ésta, en efecto, estaba ya allí. El



creía que su libertad había sido un milagro hecho por la loca fortuna. Agnes le explicó lo ocurrido. Y entonces, su padre, se deshizo en cumplimientos ante Franz, cumplimientos que éste rechazaba como innecesarios.

Estaba también en la habitación Bartolomé, que, al ver entrar a Agnes con el conde, sacó de su bolsillo el trozo de periódico que hablaba de la boda y donde estaban los retratos. Con él en la mano empezó a mirar al retrato y al conde. No cabía duda, eran una misma persona. Cuando ya estuvo seguro

de ello, lo mostró al padre de Agnes. El cual tampoco dudó. No sólo no dudó, sino que, cogiendo el trozo de diario, exclamó dirigiéndose al conde, a tiempo que le mostraba el retrato:

—Mirad, vuestro retrato.

El conde palideció, pero, dominándose, repuso:

—No es la primera vez que me han dicho que me parezco a ese afortunado individuo.

Todos callaron ante esta respuesta. El trozo de periódico había llegado ya a manos de Agnes y ésta lo miraba con atención, mirando también, sin cesar, al hombre que ya amaba tanto. El conde se acercó a ella y le dijo:

—Esa es la verdad. Tú me crees, ¿no es así?

—Sí—contestó Agnes.—Siempre he de creer ya en usted y confiar en sus palabras.

Y, volviéndose hacia su padre y hacia su amigo Bartolomé, añadió:

—¡No! ¡No! ¡No puede ser que sean una misma persona ese príncipe y Franz! Porque Franz es mi buen amigo.

—Se parece tanto a usted—dijo el padre de Agnes a Franz,—que podría ser su hermano gemelo.

—Sí, en efecto. Nos parecemos mucho. Pero, ¡qué diferentes el uno del otro!

Quedaron citados Agnes y Franz para verse aquella noche, a las nueve, en un rincón apartado del gran parque en que estaban las atracciones en que trabajaban. Franz se despidió de todos y salió.

En cuanto hubo salido, Bartolomé dijo a Agnes:

—Ya sé, amiga mía, que ese joven parece honrado. Pero si fuera el otro, cosa que yo creo fuertemente, ¡guárdate de él! Es un aristócrata. ¿Qué es lo que haría un aristócrata contigo?

Su padre también le dijo algunas palabras en

este sentido. Agnes, en verdad, no sabía qué contestarles. Tenía confianza en Franz. Eso era todo.

Y por la noche, en cuanto llegó la hora de la cita, acudió al rincón del jardín, templado por las suaves brisas de la primavera, fragante de flores, poéticamente blanco por la luz de la luna. Casi al mismo tiempo que ella llegó Franz. Y, a tiempo que se sentaban en un rústico banco, le dijo:

—¿Te sientes feliz, Agnes?

—¡Oh, sí, muy feliz!

—Yo también. Pero tengo que hacerte una confesión. Yo no soy...

Después de esto, el conde no se atrevió a decir nada más. Agnes le preguntó:

—¿No ha dicho usted que tenía que confesarme algo?

—Sí. Tenía que confesarte—repuso el conde desviando la conversación—que te amo, que te amo mucho.

Agnes se refugió en sus brazos. Comenzó un idilio de palabras entrecortadas y estremecidas. Y así siguió hasta la madrugada.

Desde aquella noche el conde no podía resistir la idea de su próximo matrimonio.

Pocos días después, en una reunión de amigos a los que había referido su gran amor por Agnes, decía:

—Les digo a ustedes que voy a retirar mi palabra de casamiento a la condesa.

—Eso es imposible—repuso uno.—¡En la víspera de la ceremonia!...

—Pues no debe ser imposible. He abusado de la confianza de una muchacha que me ama y a la que amo.

—¡Tonterías!—añadió otro.—Piensa en tu ran-

go en la corte. Si no te casas con la condesa, te espera el deshonor.

—¡Cuánto mejor fuera que yo no fuese un aristócrata!

—No disparates—dijo otro.—Y te advierto una cosa. El emperador está enterado de tu actitud.

—¿Sí? Pues iré inmediatamente a ver al emperador y le contaré toda la verdad. Acaso él comprenda...

VII

Fué Franz, en efecto, en seguida, a ver al emperador. El cual lo recibió sin demora. Y en cuanto entró en la estancia imperial, oyó que el emperador le decía:

—¿Qué es esto que he oído decir, conde Hohe-negg, de que usted desea retirar su palabra de casamiento dada a la condesa Gisella? ¿Es su memoria tan escasa, que se olvida usted de los deseos de su emperador?

—Señor...—repuso Franz.

—Nada. No admito ninguna disculpa. ¡Es mi orden!

El conde salió sin haber dicho nada. La fatalidad se había cruzado en su camino. Al día siguiente se casaría y Agnes le esperaba inútilmente...

En efecto, Agnes le esperaba. No le había vuelto a ver desde la noche, memorable para ella, de la cita en el jardín. Pero le esperaba, no obstante, pacientemente, segura de que volvería...

Entretanto, el «carrousel» de su antiguo patrón

seguía dando vueltas. Ella trabajaba ya con la señora Aurora y también su padre, que hacía ahora de clown. Tan bien lo hacía, que todas las demás atracciones se quedaban sin espectadores cuando él trabajaba. Bartolomé, subido en una plataforma, sirviéndose de una bocina, gritaba al público:

—Vengan a ver al *signore* Silvestre Urbani, que acaba de llegar de Italia. Es el *paglacio* más eminente del mundo entero.

La gente acudía y no se sentía defraudada. El padre de Agnes sabía hacer su papel de un modo maravilloso.

Su antiguo patrón, indignado por la ruinosa competencia que le hacía la señora Aurora, valiéndose de él, se metió entre el público y gritó, como contestando a Bartolomé:

—Ese no viene de Italia. Trabajaba para mí en el teatro de polichinelas.

—¡Fuera, fuera!—contestó el público, amenazando a aquel que venía a turbar su diversión.

Hubo, pues, de alejarse el repugnante Huber. Pero se juró asimismo vengarse de su antiguo empleado. La casualidad vino a ofrecerle un plan. Sobre el tablado en que trabajaba el padre de Agnes, en un balcón saledizo, había una gran maceta con una planta exótica. Era un día de furioso viento. Huber procuró, sin que nadie le viese, subir a aquel balcón y dejar caer, desde él, sobre la cabeza del clown, la gran maceta, como si la hubiese derribado el aire. El clown cayó al suelo mal herido. Las risas de los espectadores, señaladamente de los niños, se trocaron en llanto. Fué recogido en una camilla y llevado al hospital. La señora Aurora cerró, por aquel día, su espectáculo. Bartolomé, que casi estaba seguro de que lo ocurrido era obra de Huber, imaginaba un plan para descubrirle. Lo cual sería

bien difícil, pues que nadie le había visto. Es decir, sí había sido visto. Pero quien le había visto no podía hablar. Le había visto el orangután desde su jaula.

Poco después, en la hora del descanso, la mujer de Huber, que también sospechaba de su marido, le dijo:

—¿Crees tú, verdaderamente, que fué el viento el que derribó la maceta?

—Nada me importa que haya sido o no el viento. Se trataba de un enemigo y me alegro de lo que ha pasado.

La mujer iba a protestar, pero Huber le dió un empujón y la hizo salir de la estancia. Poco después dormía ruidosamente, tendido en la cama.

Bartolomé, preocupado, había ido a dar la comida al orangután. Y mientras volvía a la barraca por algo que necesitaba, se olvidó de cerrar la puerta de la jaula. El orangután aprovechó aquel descuido para salir, e inmediatamente se dirigió a la vivienda de Huber, subió por una pared y entró en ella por la ventana de la habitación en que Huber dormía. En el momento que entraba, llegó Bartolomé a la jaula y vió lo que ocurría. No dijo nada y se ocultó.

El orangután se acercó a la cama de Huber y en un momento, con sus zarpas, ahogó a aquel hombre. Hecho esto, volvió a salir, bajó por la misma pared y tornó nuevamente a la jaula. Bartolomé, que espiaba su regreso, le cerró la puerta.

Así, a manos de un animal, dejó de existir el animal con figura de hombre llamado Huber.

VIII

La convalecencia del padre de Agnes fué lenta. Su propia hija, por permiso especial, le cuidaba y le animaba, en el hospital. Era aquella toda la alegría del enfermo. Un día, había gran movimiento. Preguntó el enfermo a su hija a qué obedecía aquello. Esta le contestó:

—El emperador nos está honrando con su visita.

En el momento que decía esto Agnes, el emperador, con su cortejo, entraba en la sala.

—Mira—añadió Agnes,—aquí está ahora.

El emperador se detenía un momento junto al lecho de cada enfermo. Al llegar al del padre de Agnes, también se detuvo y dijo algunas palabras de consuelo. Agnes le miró agradecida. Luego quiso hacer lo propio con los que acompañaban al emperador. Y, de súbito, se quedó paralizada. Entre el cortejo venía Franz. Lo reconoció en seguida. También él había reconocido a Agnes y a su padre. Quiso volver la cabeza para que no le viesan, pero era tarde. Hasta el enfermo, que al ver a su hija tan pálida levantó la cabeza como para explicarse la causa de ello, vió y reconoció al conde.

Cuando el emperador, seguido por sus acompañantes, se hubo alejado, Agnes oyó que su padre le decía:

—¿Lo has visto? ¡Era él! Agnes, hija mía, ¿cómo es posible que ames a ese impostor?

No tuvo tiempo de decir nada más. El conde, en cuanto todos salieron de la sala, volvió a entrar en

ella y fué hacia donde Agnes y su padre estaban. Una vez allí, dijo a Agnes :

—Aquí estoy. Vengo a humillarme ante usted.

—¡ Márchese ! — gritó el padre. — ¡ Márchese !
¡ Impostor ! ¡ Embustero !

—Todo lo que pueda usted decirme—dijo Franz al enfermo—es poco si se compara con la grandeza de mi remordimiento. Pero crea usted que respeto profundamente a su hija, que la quiero, que la amo...

—No añada a la burla el escarnio. ¡ Márchese !

—¿ Quiere usted decir—intervino Agnes—que todo está en regla y que podemos casarnos ?

—¡ Ah !—exclamó el conde, sin saber qué decir.

En esto, la esposa y los amigos del conde, que habían notado su ausencia, llegaron, buscándole. La condesa, que no era buena, y que sabía, por los amigos del conde, las relaciones de éste con Agnes, dijo a la joven, para mortificarla y para hacer más penosa aun la situación de su esposo :

—El conde Hohenegg, *mi esposo*, me ha contado las relaciones que tenía con usted.

El conde, al oír las palabras de su esposa, tan mal intencionadas, de tan indignado, no supo decir ni una palabra.

Agnes, al advertir su silencio, exclamó :

—¡ No ! ¡ No ! ¡ No es posible ! ¿ Su esposo ?
¡ No puede ser !

En seguida, acercándose a Franz, añadió :

—¿ Verdad que eso es mentira ? ¡ Dile que es mentira ! ¡ Díselo !

Pero el conde no decía nada. Había dejado caer su cabeza, avergonzado y confuso, y poco después, obligado por la condesa, su esposa, que lo había cogido del brazo y lo arrastraba, salió de la sala.

Al principio de esto, Agnes, convencida ya de

que era verdad cuanto había oído, se dejó caer en el lecho de su padre, ocultándose el rostro con las manos y llorando amargamente.

En tanto, su padre seguía diciendo al conde, hasta que todos desaparecieron :

—¡ Impostor ! ¡ Embustero !

IX

Así se encontraba nuestro pequeño mundo de bien y de mal, de inocencia y de culpabilidad, de amor y de odio, cuando en el distante Estado de Bosnia fué disparado un tiro que produjo la ignición del polvorín que era Europa entera. Movilizaronse los ejércitos, las naciones se alzaron unas contra otras y los hombres empezaron a morir a millares.

El conde fué también movilizad. El día antes de partir para el campo de batalla, fué a pasear por el rincón del jardín en que había jurado amor eterno a Agnes. Y como la joven, para recordar su sueño de felicidad, también iba a pasear por allí, casi diariamente, se encontraron, precisamente junto al rústico banco en que tuvieron su primero y único idilio.

—¡ Agnes !—exclamó Franz al verla.

—¡ Conde Hohenegg !—repuso, sorprendida, la joven.

—He venido otra vez para pedirte perdón.

—Yo perdono al conde. Pero era a un vendedor de corbatas a quien yo amaba.

—Pero es el conde Hohenegg, Agnes, quien te ama a ti.

—El conde Hohenegg nunca puede ser nada para mí.

—Salgo esta noche con mi regimiento para el frente. ¿No quieres decirme Dios te guarde?

Agnes no contestó, y se dispuso a marcharse, con el alma transida de dolor. Cuando ya se alejaba, el conde añadió:

—Es posible que no nos veamos nunca más.

Tampoco recibió respuesta. Agnes, llorando, estaba ya lejos de él.

Algún tiempo después, recorriendo el amargo camino de la derrota, regresaban de las avanzadas, en huida forzosa, algunos quebrantados residuos de las fuerzas de Austria, de las que era jefe el conde.

Al descansar, en una aldea, el conde entró a visitar los heridos. En una camilla, a punto de morir, estaba el padre de Agnes, que también había sido movilizad. En cuanto el conde lo reconoció, ordenó que le dejaran solo con el herido, y, acercándose a él, le dijo:

—Urban, ¿puedo hacer algo por usted?

Urban, reconociéndole, contestó:

—¡Ah! ¿Es usted? ¡No quiero nada! ¡El embustero!... ¡Cuánto deseaba que nos encontrásemos cara a cara! Porque quería decirle que le odio. Y me alegro de encontrarle cuando voy a morir para maldecirlo en mis últimos instantes. ¡Ha hecho usted infeliz a mi hija, que es la muchacha más buena del mundo! ¡Nadie, nadie como ella merece la felicidad! Y usted ha truncado su vida. ¡Le maldigo!

—Si mi vida puede compensar —contestó el conde, —aquí tiene mi revólver. Dispere.

Cogió el padre de Agnes el arma, dispuesto a hacer uso de ella. El conde puso su pecho, por el lado del corazón, junto al cañón del revólver, y echó la cabeza hacia atrás, disponiéndose a morir.

Pero Urban no pudo disparar. Se habían agotado ya sus fuerzas y murió en aquel preciso instante. El conde le miró con pena y exclamó:

—¡Pensar que pueda haber un hombre que muera odiándome así!

En seguida salió de la casa. Le esperaba en la puerta su ayudante. Estaban bombardeando el pueblo y el ayudante le habló de la conveniencia de marcharse sin tardanza.

—¿Qué importa morir?—contestó el conde.

Y se sentó sobre una altura en las afueras de la aldea. Poco después, una bomba lo levantaba en alto entre una nube de tierra y de piedras.

Entretanto, en Viena, en una vivienda común, unidos por el lazo de la pobreza y del sufrimiento, un pequeño grupo de camaradas, entre los que estaban la señora Aurora, Agnes y Bartolomé, no sabían cómo salir adelante en la lucha por la existencia.

El mismo día que en los campos de batalla había tenido lugar lo que acabamos de relatar, Agnes, al volver de la compra, exclamó:

—Los precios han subido otra vez hoy. Pronto no podremos comer.

—Desearía que fuese primavera otra vez—contestó la señora Aurora,—para que pudiéramos volver al Proter y abrir las atracciones. Entonces, al menos, ganaríamos lo suficiente para vivir.

De súbito entró, corriendo, Bartolomé, y soltando sobre la mesa una gran cantidad de billetes, gritó, dirigiéndose a Agnes:

—¿No te dije que había de ganar a la lotería?

X

A Bartolomé le había tocado un premio bastante crecido y por eso estaba muy contento. Debemos decirlo. Más que por él, por los que le rodeaban, señaladamente por Agnes. Así, en cuanto la señora Aurora salió y se quedaron solos, dijo a la joven:

—Ya sabes que te lo dije. Si yo gano, tú ganas.

—Sí, en efecto, eso me habías dicho.

—Pues bien. Todo el dinero es tuyo. Y otra cosa. Agnes, querida mía, si me aceptas por esposo, yo trataré con todas mis fuerzas de hacerte feliz.

Agnes, al oír esto, se puso muy triste. Bartolomé añadió:

—¡No pienses más en el otro! ¡No podrá volver nunca!... Está...

—¿Muerto?...

—Sí. Yo vi su nombre en la lista de los muertos hace una semana. Quería decírtelo, pero no te lo dije por no hacerte sufrir.

En efecto, se había dado por muerto al conde y así se había publicado. Pero no era cierto. Estaba en un hospital, muy mal herido por la explosión de una bomba, pero con esperanzas de curación.

Como Agnes no dijera nada, Bartolomé insistió:

—Dime que puedo tener esperanzas. Yo esperaré...

—Quizá... En la próxima primavera...

Al fin, el Proter se quitó su manto de invierno. Llegó la primavera y el sol... y la esperanza para Bartolomé. El cual, hablando con el orangután, le decía:

—Eso es, amigo mío, de aquí a tres días Agnes y yo nos casaremos.

Mientras así hablaba Bartolomé con el noble animal, llegaba al parque el conde, curado ya, pálido y débil aun no obstante, buscando a Agnes. La joven se hallaba junto al piano de manubrio en que él la conoció, pues el «carrousel» había sido concedido, después de la muerte de Huber, a la señora Aurora.

Cuando Agnes vió llegar a su amado, al que creía muerto, se quedó como muerta. El conde se acercó a ella y le dijo:

—Agnes, he vuelto a ti. Ya no soy nada de lo que fui.

—Pero, ¿estás todavía casado?

—La condesa murió hace meses, en Budapest. Yo he vivido con la única esperanza de que algún día tú me podrías perdonar y ser mi esposa.

—No fué tan difícil perdonar. Eso lo hice la misma noche en que te fuiste a la guerra. En cuanto a ser tu esposa... Bartolomé y yo nos casamos dentro de tres días.

—¡No es posible!...

—Sí. Yo accedí a ello porque creí que habías muerto.

—Ya sé que se publicó esa noticia. Pero héme aquí. ¡Agnes! ¡Tú no te puedes casar! ¡No amas a Bartolomé! ¡Lo sé, lo veo!

—No le amo, es cierto. Pero él es muy bueno... Y yo le he prometido ser su esposa.

—Cuando Agnes decía estas palabras, Bartolomé

venía a buscarla, contento y feliz. Al ver junto a su amada a Franz, se alejó triste y como muerto, comprendiendo que se hundían todos sus sueños. No oyó las palabras de Agnes, afortunadamente para él, pero, no obstante, viendo con qué cariño miraba la joven al hombre al que tanto había amado, se dió cuenta de que él no debía sacrificar a Agnes, que debía sacrificarse él, renunciando al casamiento proyectado.

Así lo dijo a la joven con un dolor superior a toda descripción, aquel mismo día.

Y unas semanas después, mientras el «carrousel» seguía dando vueltas, como la propia vida de Agnes, se formalizaban las relaciones de ésta con el conde, príncipe para ella. Y cada día, al pasear por el parque, lejos de las atracciones, por el rincón del jardín en que hablaron por vez primera de amor, Agnes hablaba a su amado del gran sacrificio de Bartolomé, que tanto la quería y que había sabido apartarse de su camino para que ella fuese feliz.

—Un amor más profundo que el nuestro—dijo un día—ha hecho posible nuestra unión.

Bartolomé, que por casualidad estaba cerca, al oír estas palabras sintió algún consuelo para su dolor, toda vez que se reconocía la grandeza de su amor.

FIN

TIP. COSTA.—BARCELONA

Títulos de los cuadernos publicados

1. *Robin de los bosques*, por Douglas Fairbanks. —
2. *El sello de Cardí*, por Betty Blythe. — 3. *La agonía de las águilas*, por Severín Mars y la Morlay. — 4. *La casa del misterio*, por Masjoukine y Elena Durly. —
5. *Día de paga*, por Charles Chaplin (Charlot). —
6. *Una carrera en Kentucky*, por Reginald Denny. —
7. *El flirt*, por Ellen Percy. — 8. *Chiquilín y Chiquilín hospiciano*, por Jackie Coogan. — 9. *Theodora*, por Rita Jolivet. — 10. *¡Qué tontos son los maridos!*, por Enid Bennet. — 11. *Señal de amor*, por Mary Pickford. —
12. *Distracción de millonario*, por George Arliss. —
13. *La Duquesa Misterio*, por Hesperia. — 14. *Las apariencias engañan*, por María Prevost. — 15. *El triunfo de la vía férrea*, por Alma Tell. — 16. *El excéntrico*, por Douglas Fairbanks. — 17. *Amor de antaño*, por Doris Keane. — 18. *Cobarde en apariencia*, por Frank Mayo. — 19. *El sello del silenoic*, por Tsuru Aoki. —
20. *Su majestad el americano*, por Douglas Fairbanks. — 21. *La voluntad de un hombre*, por Dustin Farnum. — 22. *Besada*, por María Prevost. — 23. *Parodia de «Los tres mosqueteros»*, por Max Linder. — 24. *Retribución*, por Gladys Brockwell. — 25. *Matrimonio accidentado*, por Louise Fazenda. — 26. *Abnegación de madre*, por Louise Calliney. — 27. *Hora terrible*, por Hesperia. — 28. *El desquite de Garrison*, por Jack Pickford. — 29. *El juramento*, por William Russell. — 30. *La Bohème*, por María Jacobini. — 31. *El gatito montés*, por Hoot Gibson. — 32. *Bajo la nieve*, por María Jacobini. — 33. *Como un cuento de hadas*, por Gladys Walton. — 34. *Vidocq*, por René Navarre. — 35. *Las dos huérfanas*, por Dorothy y Lillian Gish. — 36. *Tess en el país de las tempestades*, por Mary Pickford. — 37. *Violetas imperiales*, por Raquel Meller. — 38. *La seducción de Afrodita*, por la señorita Meredith. — 39. *Las dos tormentas*, por Lillian Gish.

Precio de cada ejemplar, 25 cénts.

Se sirven números sueltos o colecciones enteras, previo recibo de su importe.

PUBLICACIONES MUNDIAL, Barbará, 15, Apartado 925, Barcelona.

Handwritten text, likely bleed-through from the reverse side. The text is written in a cursive script and is mostly illegible due to fading and the texture of the paper. Some words are difficult to decipher but appear to be part of a continuous paragraph.

Handwritten text, likely bleed-through from the reverse side. The text is written in a cursive script and is mostly illegible due to fading and the texture of the paper. Some words are difficult to decipher but appear to be part of a continuous paragraph.

FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes:

Album de Bal	Anual	10'— pts.
Blouses Artistiques	Temporada	5'— "
Blouse Ideal.	"	2'50 "
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50 "
Ideal Parisiën	Mensual	3'— "
Joie des Modes de Paris.	Temporada	4'— "
Mateaux et Costumes de		
Promenade.	"	3'— "
Mode de Paris	"	3'— "
Mode Nationale.	Mensual	1'25 "
New Ladies Fashions.	10 veces año	6'— "
Patrons Favoris Dames	Temporada	3'— "
Patrons Favoris Ceremonies	"	5'— "
Patrons Favoris Blouses.	"	5'— "
Patrons Favoris Enfants.	"	3'— "
Patrons Favoris Lingerie	"	5'— "
Patrons Favoris Gentlemens		
Fashions	"	5'— "
Patrons Favoris Tailleur.	"	5'— "
Patrons Favoris Travestis	Anual	5'— "
Paris Chic	Mensual	5'— "
Toilettes d'enfants.	Temporada	2'50 "
Toilettes Modernes.	"	2'25 "
Ultima elegancia	"	1'25 "
Tres chic	"	4'— "

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero. — Descuentos convencionales a los señores corresponsales y libreros.

Pedidos acompañando su importe a **Publicaciones Mundial**, Barará, 15. Apartado 925 — Barcelona